



# Bendecidos

---

## Brajim! Brajot!

En la Biblia, *bendecir* (ברך *baraj*) es mucho más que “decir-bien”. Ser bendecidos por Dios significa ser introducidos a una relación personal con Él. A lo largo de la existencia, esta relación nos transforma desde nuestras profundidades, hasta cambiar todos los aspectos de nuestra vida.

El Antiguo Testamento entiende que una existencia bendecida lo es también en su aspecto material: la prosperidad, la salud y las capacidades son efectos de la bendición, “regalos” de Dios; pero el Antiguo Testamento también sabe que, como sucede con todo regalo verdadero, lo esencial no es lo que se regala, sino la relación que se establece y se ratifica mediante el don. El beneficio es solo un efecto colateral de la auténtica bendición que es vivir una amistad con Dios.

Al reunirnos en El Hornico para celebrar la Pascua, nos sentimos bendecidos de muchas maneras: por disfrutar un tiempo de descanso alejado del trabajo diario y sus rutinas; bendecidos con amigos, conocidos o por descubrir, con los que vamos a pasar estos días; bendecidos por poder tomarnos el tiempo para cultivar una relación personal con Dios, que sale a nuestro encuentro.

Dios es el origen de toda bendición, pero también cada uno de nosotros podemos ser una bendición para los que nos rodean. Bendecir a otra persona no es sólo decirle cosas bonitas (bien-decir), sino hacerle partícipe de esos dones que hemos recibido y de ese don que es fraternidad. Una de las más bellas formas de transmitir la bendición es la acogida mutua.

En hebreo, “bienvenidos” se dice “brajim habaim”. Así, cuando uno se sube a un avión de El-Al, la compañía aérea israelí, escuchamos: “Welcome! Brajim habaim! Brajot habaot!” Es decir: “¡Benditos y benditas los y las que vienen!”. ¡Brajim habaim, brajot habaot la-Pesaj! ¡Bienvenidos y bienvenidas a la Pascua!

Durante estos días, estemos atentos para acogernos los unos a los otros. No te refugies en tu timidez o en la seguridad de la gente que ya conoces. Algo se ensancha en nosotros cuando asumimos el riesgo de abrirnos. A veces, todo comienza con un sencillo saludo.

Dios es quien bendice, pero también los humanos podemos bendecir a Dios. Es claro que un hombre o una mujer no pueden hacer nada que suponga para Dios un beneficio, y, sin embargo, el Dios de la Biblia hace de la bendición humana su delicia. Bendecir a Dios es reconocerle como el tú que se esconde tras todos los regalos que recibimos en la vida. Una parte importante de la Pascua es esta alabanza que no busca producir ningún efecto, es pura gratuidad. En la oración, podemos abandonarnos a una adoración sin prisas, que es la verdadera vocación de todo ser humano.

## Bendecidos en Jesús

Desde el inicio del Evangelio, Jesús es reconocido como la bendición de Dios. Isabel le dice a María a voz en grito: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!” (Lc 1,42).

En Jesús, el miedo y la culpa se extinguen, y se hace posible un acceso a Dios. Como decía el Hno. Roger “Cristo vino a la tierra no para crear una nueva religión, sino para ofrecer a toda la humanidad una comunión en Dios”<sup>1</sup>. La misión única de la Iglesia es ser presencia de esta comunión, sin imponerse jamás, al servicio de la paz y la fraternidad de toda la familia humana.

Acoger la bendición no está exento de luchas. A veces nos resistimos, sin que sepamos exactamente por qué, a aceptar el perdón que Dios nos ofrece gratuitamente. Preferimos hacer mil cosas antes que abrir sin más las manos para aceptar este don.

Acoger el perdón de Dios nos introduce en un dinamismo que no conoce límites. Para los cristianos el amor no es un cálido sentimiento que nos conforta, sino una invitación a ir más allá en el empeño por la reconciliación.

Una de las palabras de Jesús que más resuena en el Nuevo Testamento es: “Benedicid a los que os maldicen” (Lc 6,28. Cfr. Rom 12,14; 1Cor 4,12; 1Pe 3,9). Siguiendo a Jesús, somos llamados hasta el extremo de amar y bendecir a aquellos que nos han hecho daño o nos odian, por la sencilla razón de que a ellos también quiere alcanzar la bendición de Dios “que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,45).

Jesús bendijo el pan. Hoy, Jueves Santo, la Iglesia conmemora la institución de la Eucaristía. Compartir el pan era para Cristo una de las manifestaciones más claras de acogida. Él recibió en su mesa a los pecadores (Mc 2,13-17); al manifestar su cercanía a los excluidos, se atrajo la enemistad de los biempensantes.

Isaías había profetizado: “El SEÑOR de los ejércitos preparará en este monte para todos los pueblos un banquete de manjares succulentos, un banquete de vino añejo” (Is 25,6). Cuando Jesús bendijo el pan y sació el hambre de la multitud (Mc 6,41; 8,7; Mt 14,19; Lc 9,16),

---

<sup>1</sup> Carta 2001 --¿Presientes una felicidad?

realizó lo que se había predicho que haría el Mesías, pero con una gran simplicidad: No hay vinos caros ni carne, sino sólo pan y pescado. No hace uso de los salones de un palacio, basta la hierba verde por mantel. La multiplicación de los panes no es la fiesta de una élite: El Dios de la sobreabundante bendición no excluye a nadie.

En la Última Cena, que hoy conmemoramos, Jesús bendijo el pan, lo partió y lo dio diciendo: “Esto es mi cuerpo”. Lo mismo con la copa llena de vino: “Esta es mi sangre” (Mc 14,22-25; Mt 26,26-29; Lc 22,15-20; 1Cor 11,23-25). En la Eucaristía, Jesús se nos da, no con palabras, sino con su cuerpo entregado. Adorarlo de noche, en la presencia sacramental, nos hace trascender el espacio y el tiempo.

## La bendición de los pequeños

Según el Antiguo Testamento, la mayor bendición de Dios son los hijos (Gn 1,22; 12,2; 17,16; Sl 127 3-5; 128,1-6), pero estos han de ser propios, biológicos.

Esta visión estrecha de la fecundidad y la familia es transformada por Jesús. Ante un grupo de personas que se habían reunido para escucharle, Él dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos, el que cumple la voluntad de Dios. Ese es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mc 3,35).

Cristo no vino para reforzar la familia tradicional, sino para abrirla a una fraternidad que va más allá de los lazos de sangre. En la Pascua de este año, con la participación tan numerosa de niños y niñas, podemos vivir algo de esta intuición.

Al comienzo del Sermón sobre la Comunidad<sup>2</sup>, los discípulos preguntan a Cristo quién es el más importante en el Reino de los cielos. “Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: ‘Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge’” (Mt 18,1-5).

No tenemos por qué imaginar este crío como un niño bien alimentado y limpio, que va a un buen colegio y vive en una casa confortable. Más probable sería que Jesús tomase un pequeño de los que se encontraban a su alrededor, uno de esos chiquillos que aparecen por centenares cuando entramos en una aldea o en un barrio en los países empobrecidos del Sur: Un niño o una niña sin escuela, sin acceso a agua potable ni servicios sanitarios, quizás, un niño de la calle.

---

<sup>2</sup> Mt18,1-19,1. Este es el cuarto de los cinco grandes discursos de Jesús en el Evangelio según San Mateo. Los otros son: El Sermón de la Montaña (5:1-7,29), el Sermón de la Misión (9,35-11,1), el Discurso en parábolas (13,1-53) y el Discurso escatológico (24,1-26,1).

Jesús pone a este niño o niña en su regazo y nos invita a construir una comunidad donde él o ella sea el centro. Hacerse como niños no es infantilizarse, sino aceptar ser bendecidos en nuestra humana fragilidad. Acoger un niño es una de las cosas que nos constituyen en comunidad cristiana.

Según Jesús, no traen la bendición las riquezas o el poder, sino los pequeños. El evangelio nos enseña que el camino que conduce a la bendición no es el del éxito personal. Nos atraemos la bendición de Dios al trabajar para aquellos a los que Jesús llama sus hermanos más pequeños:

“Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme [...] Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 34-36).

## **Un corazón que piense, una mente que sienta**

No te preocupes si tu mente se dispersa o si no puedes comprender enseguida. Permanecer con tu cuerpo en la capilla o realizar un sencillo servicio por la comunidad puede disponernos. Cristo nos dejó su Cuerpo. Hay muchas maneras de acogerle.

En la Biblia Hebrea, el corazón no es sede sólo de los sentimientos, sino también de la inteligencia. Por eso, en la Biblia, el corazón siente, pero también piensa. La mente piensa, pero también siente. Para decidirnos a amar, necesitamos ambos, sentimiento y racionalidad. La conversión es una transformación de la mente y el corazón. En ellos, y mucho más allá, Dios nos bendice.

## **Preguntas para la reflexión personal y el diálogo**

- ¿Cómo has sido bendecido? ¿Cuáles son las grandes bendiciones que te hacen sentirte vivo hoy?
- ¿Cómo entiendes la bendición de Dios? ¿Cómo beneficio o como relación personal?
- Bendecir a los enemigos, ¿cómo atrevernos a algo tan radical?
- ¿Quiénes son “los hermanos pequeños de Jesús” a los que eres llamado a servir? ¿Los percibes como una bendición?